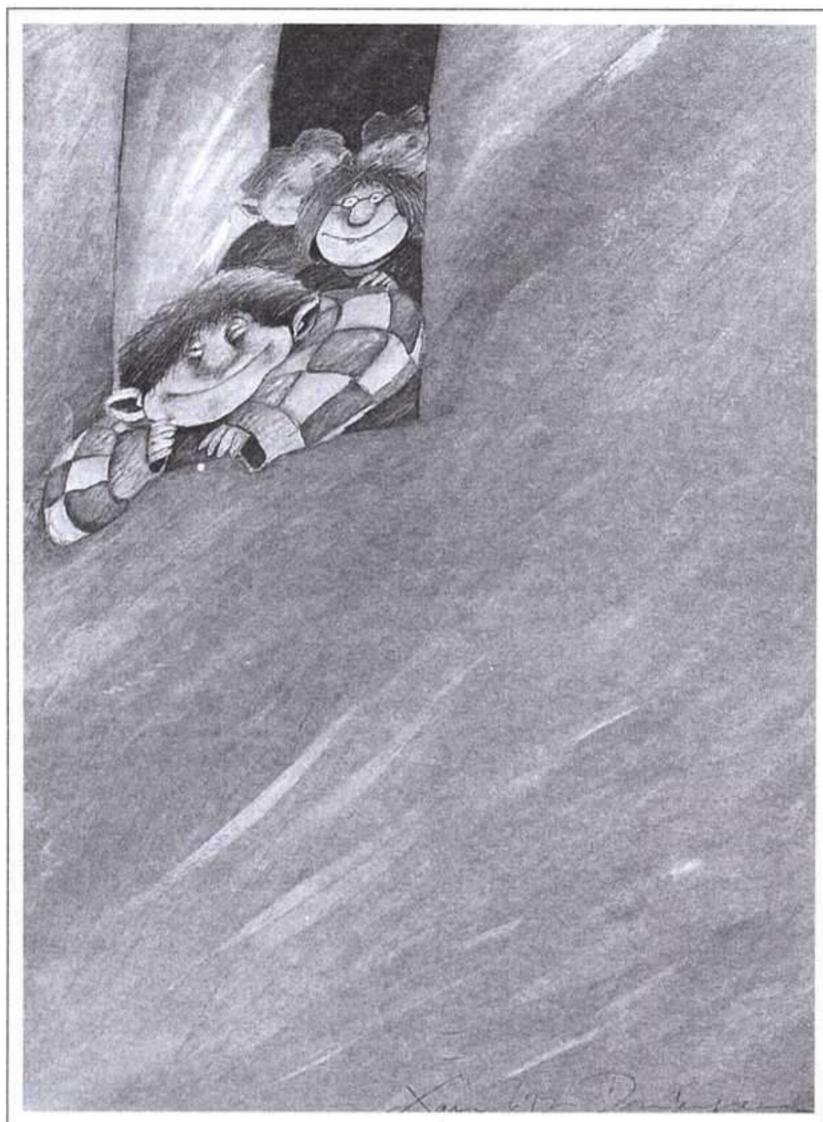


Contra la invisibilidad

por Agustín Fernández Paz*



XAN LÓPEZ DOMÍNGUEZ, GALICIA SOLIDARIEDADE, GÁLIJ-XUNTA DE GALICIA, 1994.



MAIFE QUESADA, GALICIA SOLIDARIEDADE, GÁLIJ-XUNTA DE GALICIA, 1994.

El conocido autor gallego reclama para la literatura infantil y juvenil el derecho a existir, a ser visible, a dejar de vivir en el reino de las sombras. Y el primer paso para lograr este reconocimiento es disponer de una crítica literaria, de una «mirada externa» que ilumine de algún modo el trabajo de los escritores y escritoras de LIJ. Una crítica que no debe ser en modo alguno paternalista, sino que debe trascender los lugares comunes, las aproximaciones superficiales a los textos, para penetrar en las obras, y así ayur darnos a distinguir entre los libros llenos de vida y los que «están vacíos».

Siempre me ha fascinado, desde que lo leí por primera vez (en los grises años 50, cuando los libros eran un bien escaso), el arranque de la historia contenida en *Los hijos del capitán Grant*, la novela de Jules Verne. Los tripulantes del yate de lord Glenarvan encuentran una vieja botella en el vientre de un gran pez y, sorprendidos, descubren dentro de ella un mensaje escrito en tres idiomas, parcialmente borrado por la humedad del mar. Ese inconveniente les obligará a reunir y combinar los fragmentos que todavía se pueden leer en cada una de las tres versiones, como si fueran piezas de un *puzzle*, para acabar así reconstruyendo el mensaje original, que será el punto de partida de toda la historia posterior.

La imagen del mensaje en la botella, quizás por lo que tiene de azar, de indeterminación, pero también de intenso deseo de que alguien lo encuentre y lea las palabras que contiene, es una de las que siempre ronda por mi cabeza cuando escribo. Quizá porque cuando lo hago, solitario, en la madrugada, mientras los demás duermen, me veo a mi mismo como el naufrago de la isla que escribe el mensaje que luego arrojará al mar, encerrado en esa peculiar botella que son los libros.

En mi caso, y supongo que le ocurrirá lo mismo a otras personas que también pasan horas inventando vidas en el papel, sé que esta sensación no tiene una correspondencia real. Nuestros mensajes llegan a muchas manos, hay lectoras y lectores que abren nuestros libros y leen las historias que escribimos. Lo sé porque, en bastantes ocasiones, esos lectores dan señales de vida, nos escriben, y llegan a nosotros cartas en las que nos cuentan, entre otras cosas, su opinión sobre el libro que acaban de leer. Puedo decir que algunas de esas cartas las releo una y otra vez, porque soy consciente de que quizá esas sean las únicas críticas que leeré de mis libros, las únicas miradas externas que llegaré a conocer.

Entre el olvido y la marginación

¿Las únicas miradas externas? Pues sí, porque para la crítica, entendiendo por crítica la plasmación pública, casi siem-



FRAN JARABA, GALICIA SOLIDARIEDADE, GALIXXUNTA DE GALICIA, 1994.

pre por escrito, de una mirada externa privilegiada, los que escribimos para un público infantil no existimos, somos invisibles. La dimensión social de nuestro trabajo está eliminada, es inexistente. Al contrario que Agilulfo, el caballero de Calvino, que no existía pero tenía un reconocimiento social, la literatura infantil está olvidada (o arrinconada, en el mejor de los casos), su presencia es marginal en los espacios —que tampoco son muchos, que también son escasos— ocupados por la crítica literaria.

Quisiera poner dos ejemplos, uno individual y otro colectivo, que pueden servirme para ilustrar esta invisibilidad. Los dos enmarcados en el ámbito gallego en el que me muevo, aunque podrían ser fácilmente extrapolables a otros ámbitos culturales; y los dos de hace ya algunos años, porque, aunque sea muy lentamente, algunas cosas están empezando a cambiar.

A principios de los 90 —y este es el primer ejemplo—, uno de los críticos que siguen sistemáticamente la evolución de la literatura gallega, siempre desde una posición independiente y original, saludaba con alborozo la aparición de *Dende a muralla*, un libro de relatos de Paco Martín, y comenzaba su crítica con estas palabras: «Después de un silencio narrativo de nueve años, Paco

Martín...». Efectivamente, habían transcurrido nueve años desde la publicación de *E agora cun ceo de lama*, el anterior libro de Paco Martín dirigido a un público adulto. Pero, en esos nueve años, este autor había publicado *Das cousas de Ramón Lamote* (1986) y *Lembranza nova de vellos mestres* (1988), dos excelentes libros, el primero de ellos merecedor del Premio Nacional de Literatura Infantil y Juvenil, que se encuadraban dentro del ámbito de la literatura infantil. Esos libros, aparentemente, no existían. Eran invisibles.

Y vayamos con el segundo ejemplo. Hace algunos años, comenzó a publicarse el *Anuario de estudios literarios gallegos*, una rigurosa e interesantísima revisión anual de la producción literaria en gallego. Al final de cada volumen, en un «Compendio bibliográfico anual», se recogía una relación exhaustiva de los trabajos de creación y teóricos aparecidos durante el año. Pues bien, en ese apartado, en el que se referenciaba hasta el opúsculo más humilde, la literatura infantil no comenzó a aparecer hasta el año 1994; antes de esa fecha, no existíamos. Daba igual que los libros infantiles representasen un elevado porcentaje de la producción total, daba igual que fueran un motor imprescindible en la industria del libro. La invisibilidad, al me-

nos en este caso, quedó totalmente corregida a partir de 1996; ahora la LIJ no sólo aparece referenciada en el compendio, sino que también se incluye un estudio crítico específico, como si fuera un género más.

Los ejemplos podrían multiplicarse: la ausencia en las reseñas críticas de periódicos y revistas (con la excepción de algunas fechas señaladas, en las que la LIJ sale del gueto) o el tono paternalista y amable empleado en esas ocasiones son algunos de los que podemos constatar una y otra vez.

Las mujeres tienen, por fuerza, que sentirse más identificadas con esta situación. Hasta hace unos años, aunque representasen a la mitad de la población, socialmente eran invisibles. Vivían una situación parecida a la de la literatura infantil, que también es como un río subterráneo —¿una literatura sumergida?—, como una poderosa corriente invisible. Algo que está ahí, que tiene una importancia decisiva desde la perspectiva editorial, pero que no aparece reflejado en el espejo de la crítica.

Por eso, a estas alturas, ya puedo proclamar el título que encabeza estas reflexiones sin peligro de que se confunda su sentido: *Contra la invisibilidad*. Contra una situación que hace que no existamos para esa mirada externa que es la crítica, que hace que no nos veamos reflejados en su espejo.

Además, en mi caso, y en el de todas las personas que escribimos en gallego, la invisibilidad es más profunda, tiene dos capas. Porque la lengua gallega (hablada mayoritariamente, pero con escasa presencia en los medios de comunicación y en los ámbitos sociales prestigiosos) puede calificarse de minorizada, de socialmente invisible. En consecuencia, los que escribimos en gallego para un público infantil participamos de una doble minorización: una literatura invisible escrita en una lengua invisible. Pero, como se suele decir, ésa es otra historia, que habrá de ser contada en otro lugar.

La mirada externa: la crítica

Así que, volviendo a la idea inicial, el primer paso en nuestra lucha contra la invisibilidad tiene que ser el de conseguir



MANOLO UÑA, GALICIA SOLIDARIDADE, GAIX-XUNTA DE GALICIA, 1994.

que nuestra imagen se vea reflejada en el espejo. Los vampiros no se reflejan en los espejos, como todo el mundo sabe, y quizás ellos se encuentren cómodos en esa situación, pero nosotros no queremos vivir en el territorio de las sombras. Y por eso nuestra primera reivindicación quizás tenga que ser el reconocimiento, la simple constatación de que existimos, de que estamos aquí, de que nuestro trabajo tiene una dimensión social.

¿Y en qué se traduce la imagen en el espejo? Pues en algo tan sencillo como las reseñas que recogen la existencia de los libros (o de ciertos libros, porque ya hay una valoración importante a la hora de decidir las presencias y las ausencias), aunque sólo sea para citar título, autoría y poco más. O en esa relación de libros en la que apareces, en la que se constata

que tu botella navega también por los mares de lo publicado. A veces, las reseñas contienen además un breve resumen de la historia y una apretada calificación del libro (porque no pueden recoger más, porque el espacio del que se dispone para la crítica de libros infantiles también es precario y escaso), y eso ya es un triunfo, porque supone reconocer que existen esos libros y las personas que los escribieron.

Pero, aunque sea ése un primer paso muy importante, no nos puede dejar satisfechos. Es muy fácil explicar el porqué de esta insatisfacción. Supongo que lo que a mí me pasa no es nada raro, seguramente es una sensación compartida por muchas de las personas que escriben: siempre tengo muchas dudas acerca de la validez de lo que hago, sobre la

distancia que hay entre las intenciones iniciales y lo que finalmente se acaba consiguiendo. Y siento que necesito una mirada externa que actúe no ya como un espejo, sino como un escáner; una mirada que penetre en el libro, que lo lea desde la posición privilegiada del crítico y acabe elaborando unos comentarios que sirvan para iluminar de algún modo el trabajo que he hecho.

Podríamos pensar que esa mirada siempre existe en el entorno de la persona que escribe, pero pocas veces es así; porque, naturalmente, las palabras del editor siempre son amables, las de las personas queridas, también. Y las noticias que te llegan de los lectores —muchas veces, de forma directa; otras, a través de voces interpuestas— tampoco te sirven de mucho, por la propia peculiaridad de la recepción en la literatura infantil.

Al afirmar esto, me aparece un aspecto que tal vez ya tendría que haber citado antes, como es la singularidad de la literatura infantil; una singularidad que nos afecta a todas las personas relacionadas con ella, pero que afecta de un modo especial a la crítica. Una singularidad que hay que concretar ahora en dos aspectos; el primero tiene que ver con los lectores y lectoras a quienes van dirigidas nuestras obras, unas personas condicionadas por el proceso de maduración y formación que están viviendo. El segundo, en el que me detendré algo más, tiene que ver con el hecho de que entre las personas que escribimos y las que nos leen, además de todo el imprescindible entramado editorial, aparece en la literatura infantil un elemento nuevo, como es el mediador. En efecto, el público al que van dirigidas nuestras obras no tiene un poder adquisitivo ni una autonomía que le permita ir al encuentro de los libros, decidir entre la amplísima oferta y, finalmente, comprar los títulos que prefiera. Se precisan unos canales que hagan posible el encuentro entre los niños y niñas y los libros. Unos canales que necesitan de la presencia de esos mediadores o intermediarios: el padre y la madre, en el ámbito familiar; los maestros y maestras, en el ámbito escolar; las personas encargadas de las bibliotecas, en el ámbito social. Sin la existencia de esos mediadores (a ellos se dirige todo el mundo de lo que llamamos «animación

a la lectura») el encuentro entre los niños y los libros sería mucho más complicado y, en muchos casos, imposible.

Pues bien, igual que la crítica de la literatura para adultos le habla directamente al posible lector, la crítica de la literatura infantil, sin olvidar que en ciertos casos también puede ser leída por los destinatarios de los libros, se dirige en gran medida a esos intermediarios. Así que esa mirada privilegiada que es la crítica habla sabiendo que no va a llegar a los destinatarios inmediatos del texto, sino a los imprescindibles mediadores, con todas las ventajas e inconvenientes que esto supone.

Salir del gueto

Pero, al margen de estas precisiones, y muchas otras que se podrían hacer, trato ahora de retomar el hilo inicial. Dije antes que la primera batalla contra la invisibilidad es la que está representada por el espejo, por la simple constatación de que existimos. Dije también que hay una segunda batalla, un segundo paso, que es el representado por la imagen del escáner. Como autor, y esa es la perspectiva desde la que intento hablar, me parece imprescindible. Pero también me parece imprescindible como lector.

En este sentido, creo que precisamos de una crítica que trascienda los lugares comunes, las aproximaciones superficiales al texto y que penetre más adentro. Una crítica que se fije en la historia que se cuenta (¡cómo no se va a fijar!, en esa historia está la raíz y la fuerza que impulsó a escribir el libro) pero que se ocupe también de cómo está contada, de las estrategias narrativas utilizadas. Unas estrategias en las que quizá no reparan los lectores, pero que son decisivas para dar forma a la historia que se quiere contar. Una crítica que señale cuándo los caminos recorridos están ya muy andados y cuándo significan algo nuevo. Una crítica que ahonde en los temas y en las obsesiones que el autor conscientemente introdujo en el libro, y en los que, de un modo inconsciente, pero inevitable, también se colaron dentro. Una crítica que, en un panorama como el actual, nos ayude, también a los que escribimos, a distinguir entre los libros llenos de vida, ésos que nos emocionan al leerlos, que nos ayu-

dan a ver la realidad de un modo diferente, y los libros que, aunque bien escritos, pulcros y correctos, sentimos que están vacíos.

Escribo «están vacíos» e inmediatamente me viene a la cabeza una escena de mi infancia, que creía olvidada. Cuando era niño, a los rapaces de mi barrio nos gustaba coleccionar huevos de pájaro; ya sé que desde la perspectiva de hoy es una costumbre bárbara, pero en aquellos años la vivíamos como algo natural. Para conservar los huevos, los depositábamos en una caja de cartón, de las de los zapatos, llena de salvado o de serrín. Pero antes, para que no se pudrieran, con una aguja les hacíamos a los huevos dos diminutos agujeros, uno por cada extremo; después, soplábamos por uno de ellos y todo el contenido del huevo iba cayendo por el otro, hasta quedar completamente vacío. Así, aquellos huevos tan frágiles y hermosos, de diferentes tamaños y colores, que guardábamos en nuestras cajas, no eran más que cáscaras, envoltorios brillantes y atractivos que sólo guardaban el vacío interior. Una metáfora de los libros que, más allá del envoltorio externo, contienen en sus páginas menos vida que la que podemos encontrar en la superficie de la luna.

Necesitamos, en fin, una mirada iluminadora que dialogue con nosotros, desde una perspectiva nueva, que en gran medida está por construir. Y es así porque a nadie se le escapa que esa crítica, que yo he querido valorar desde la subjetividad de mi perspectiva de autor, aun siendo consciente de las limitaciones de dicha valoración, tampoco puede caer en el error de reproducir sin más los esquemas propios de la crítica de la literatura adulta. Porque muchos de ellos serán válidos, pero además habrán de tenerse en cuenta, necesariamente, las especificidades de la literatura infantil. Decidir cuáles son esas especificidades, entre las que las referidas a la recepción van a aparecer de un modo inevitable, es algo que sobrepasa las intenciones de este breve trabajo. Sin embargo, la conclusión es que necesitamos de esa mirada iluminadora que combata nuestra invisibilidad, que nos ayude a salir del gueto y nos haga definitivamente visibles. ■

*Agustín Fernández Paz es escritor.